

Contenido

Capítulo 1	En el rancho	1
Capítulo 2	Rey de la carretera	11
Capítulo 3	Alguien a quién amar	21
Capítulo 4	El paraíso perdido	29
Capítulo 5	Ben recoge los pedazos rotos	43
Capítulo 6	Ben aprende a andar	53
Capítulo 7	Un padre solo	63
Capítulo 8	Ben crece con Dios	73
Capítulo 9	Ben se afirma en Dios	83
Capítulo 10	¿Por qué, Dios?	93
Capítulo 11	Apacienta mis corderos	103
Capítulo 12	¡Juntos de nuevo!	115
Capítulo 13	¿Hasta cuándo?	125
Capítulo 14	¿El fin?	135

Capítulo 1

En el rancho

El viento rozaba el caballo y su jinete. A Ben le encantaba sentir el brío y la energía de aquél robusto caballo que montaba, escuchando el estruendo de los cascos al galope.

Pasando como flecha el último poste del alambrado, Ben tiró de las riendas e inmediatamente Presto mermó la velocidad a un trote suave al lado del cerco. Ben sabía que todavía había mucha energía dentro de su caballo, pero Presto había sido entrenado bien, y respondía bien a las indicaciones de su jinete. Ben permitió que Presto siga a paso largo dentro de la pista de caballos.

El aire de la mañana era fresco en el elevado territorio desértico del sur de California. Pero pronto sería otro día caluroso de verano. Ben ya podía sentir el sol quemándole la cara y los brazos.

El rancho de caballos donde Ben trabajaba estaba bien diseñada. Los edificios estaban ubicados a un lado de la pista donde sacaban los caballos a hacer ejercicio.

—¡Presto está en excelentes condiciones! Estará listo para las carreras de Sacramento la próxima semana —dijo el dueño del rancho, el Dr. Roberts, desde los primeros asientos de las graderías. A él le gustaba observar los corredores mientras hacían sus ejercicios matutinos.

El Dr. Roberts se levantó y se dirigió hacia los establos.

—Estás haciendo un buen trabajo aquí, Ben. Veo que tu padre te enseñó bien a trabajar. No es fácil hallar buenos trabajadores estos días. La mayoría de los jóvenes del Este no califican para el trabajo de un rancho de caballos. Se cansan del trabajo pesado y se van. Un joven aprendiz me dijo, después de su primera semana, que pensaba que iba a trabajar en un rancho de caballos, pero lo único que había hecho hasta entonces era limpiar los establos y sacar las yeguas a hacer ejercicios. Estaba disgustado porque no había podido montar los caballos veloces en la pista. Yo le dije que tenía la libertad de irse. Era obvio que no le interesaba trabajar. Sólo le interesaba lo emocionante.

El Dr. Roberts hizo una pausa, y miró a Ben montado sobre Presto.

—¿Te gusta estar aquí? ¿O extrañas a tu familia en el Este?

Ben titubeó.

—Pues... me gusta mucho aquí, —respondió tartamudeando—. Es tan diferente de la vida en casa.

—Pues, espero que te quedes. Tú y Steven son dos de los mejores trabajadores que he tenido.

El Dr. Roberts se alejó apresurado hacia la casa principal que se extendía en forma de ele bajo los gigantes árboles de roble. La isla de verde que rodeaba la casa incluía el césped bien regado y los arbustos que se extendían debajo de las grandes ventanas. El polvoriento camino de entrada y el paisaje de color café hacían resaltar el verdor del césped.

El Dr. Roberts sabiamente había averiguado sobre el abastecimiento de agua antes de comprar la estancia de quinientas hectáreas. Cuando el doctor y su esposa llegaron para ver la propiedad, prestaron poca atención a

la pequeña casa que el dueño anterior había construido debajo de los robles. A ellos ni se les hubiera ocurrido vivir en una casa tan incómoda y vieja.

En poco tiempo, un grupo de carpinteros había derribado la casa vieja, construyendo en su lugar una casa revestida de cedro, ubicada de tal forma entre los robles que parecía haber estado allí por mucho tiempo. El Dr. Roberts era un hombre muy adinerado, y no le faltaba dinero para comprar caballos caros.

El Dr. Roberts había abierto una clínica de aborto en las afueras de una vecindad afluente que se extendía a lo largo de las colinas con vista al mar Pacífico. Había tenido mucho más éxito de lo que se había imaginado. La clínica había sido colocada discretamente en una ubicación donde no iba a atraer mucha atención. Pero pronto la gente se enteró de sus servicios, y en pocos años tenía tanto trabajo que tuvo que contratar otro médico.

Ben conocía la fuente de dinero que mantenía el rancho y que pagaba a los trabajadores. A veces Ben se sentía incómodo cuando recibía su cheque.

— . — — . — — . —

Ben había respondido gustosamente cuando, hace varios meses, su amigo Steven lo invitó a acompañarlo a California.

—Te encantará, —le había dicho a Ben—. Hay mucho campo despejado, mucho cielo abierto, y buenos trabajos. Los buenos trabajadores consiguen excelentes empleos en los ranchos de caballos. Te dejan vivir en el mismo rancho, y el sueldo es bueno. Los fines de semanas son libres, y muchas veces te dan los feriados también, y la vida urbana es excelente. El mar no está tan lejos, y

nunca se pone muy frío. Olvídate de toda la nieve y el frío de los estados del este. Es hora que comiences una nueva vida en otro lugar.

A Ben no le tardó mucho decidirse. En contraste con la despreocupada manera de ser de Steven, a Ben se le hacía difícil expresarse y hacer nuevas amistades. Pero él y Steven habían sido amigos por años. Él sabía que jamás se habría ido al Oeste por su cuenta, pero no le fue difícil ir con Steven. Ben se fue casi sin pensar en lo que estaba dejando atrás.

— • — — • — — • —

—Buen caballo —le dijo Ben suavemente a Presto. Ben se sentía cómodo con los caballos, ya que se había criado junto a ellos en Pennsylvania. Se desmontó y guió el caballo por el pasillo fresco entre los establos. Otros caballos dejaron de comer y relincharon una bienvenida suave. El Dr. Roberts no tenía gran cantidad de caballos, pero los que tenía eran de los mejores. Por muchos años había estudiado sobre caballos de carrera.

Las preguntas del Dr. resonaban en la mente de Ben mientras secaba el sudor del costado de Presto. Su mente regresó a su niñez.

Nació en una familia grande que ocupaba una casa de dos pisos, y trabajaba en el establo y en los campos fértiles. Se esperaba que todos los niños trabajaran duramente, y Ben aprendió a trabajar de muy jovencito. Dos veces al día había que ordeñar las vacas y hacer otras tareas. En el verano se trabajaba en el campo durante el día, entre los dos ordeños. Pasaban las largas tardes muchas veces cumpliendo con el interminable trabajo de la finca.

En muchos sentidos, los veintiún años en la finca habían

sido buenos. Había suficiente campo para que explore un muchacho, abundancia de alimento sano para nutrir el cuerpo, y tantas oportunidades para jugar con sus hermanos y hermanas... todas eran memorias agradables para Ben. Sin embargo, no había sido difícil irse al Oeste, aun sabiendo que sus padres no estaban de acuerdo.

La religión era un aspecto importante de la comunidad rural donde Ben se había criado. Las iglesias se llenaban todos los domingos. Ben siempre había acompañado a sus padres al culto. En su casa había Biblias y libros de historias bíblicas ilustradas. Se le había enseñado la importancia de creer en Dios. Se había predicado sobre los horrores del infierno desde el púlpito con mucha claridad. A los jóvenes se les advirtió de las consecuencias serias de desobedecer a los padres y abandonar la instrucción de sus líderes. Estas lecciones fueron infundidas en la mente de Ben domingo tras domingo.

Pero por detrás de lo que parecía ser una vida ideal en el campo, acechaba un siniestro monstruo que logró atrapar la mente joven e inocente de Ben.

Una tarde lloviendo, mientras Ben hurgaba en el desván de la casa, halló una colección de revistas que encendió en su alma y mente una llama ardiente con consecuencias horribles. Las fotos e imágenes pornográficas de las revistas afectaron su vida con resultados muy destructivos. Al principio lo dejaron boquiabierto, pero después quedó fascinado de tal manera que las escondió en otro lugar. Cada vez que tenía una oportunidad, miraba lo que antes ni se podía haber imaginado.

No se le ocurría cómo las revistas llegaron allí. Nadie mencionó su ausencia después que Ben se las llevó. Ben se preguntaba si alguno de sus hermanos mayores, o aún su padre, las había dejado en el desván. Pero, no